

¡Abajo todos los estados!
¡Abajo todas las fronteras!

Elementos de una crítica radical de la forma-estado

Los Estados-nación no siempre han existido. Nacieron con la modernidad -digamos que la modernidad capitalista- y dependen de lo que fundamentalmente la estructura: la forma-mercancía, y el fetichismo asociado a ella.

Por supuesto, los estados existían antes de esta modernidad. Pero sería erróneo entenderlos de la misma manera que los Estados modernos. Este sentido opuesto, que tiene su origen en una visión transhistórica de las cosas, es un efecto del fetichismo moderno, el de la mercancía, que nos hace entender como cosas naturales y que siempre han existido fenómenos propios de la modernidad capitalista.

El Estado, el dinero, los bienes - con demasiada frecuencia se entienden como lo que son en la sociedad moderna. Es olvidar que cada sociedad está estructurada sobre su propio modelo y que la síntesis social no es, como en la sociedad moderna, producto de la forma y de los bienes. Es tan cierto que Karl Marx, a quien debemos el análisis completo de la sociedad moderna, explica en borradores previos al *Capital*, que la síntesis social moderna (capitalista) no es una forma necesaria, que otras sociedades se han estructurado en una síntesis diferente - y que sería oportuno no olvidarlo¹. Marx y Engels estaban particularmente interesados en la comuna campesina rusa que la síntesis moderna destruyó.

La concepción del Estado en el marxismo organizado se basó en el modelo de guerra. El estado se entendía como el aparato guerrero de la burguesía, que tiene el monopolio de la violencia, y contra este estado era necesario organizar una máquina de guerra: el partido.

Esta visión es en parte justa, pero por otro lado olvida que el Estado, como el dinero, como la política misma, es sólo un efecto de la sociedad productora de mercancías. Un efecto muy real, por supuesto, pero un efecto de todos modos. Por lo tanto, hay que cometer dos errores. Primero, considerar al Estado como un aparato que siempre ha existido y cuya forma burguesa es sólo un avatar. En segundo lugar, considerar al Estado como una forma que desaparecerá al mismo tiempo que la sociedad que lo vio nacer.

La empresa productora de commodities tiene características muy específicas. Primero, produce bienes en forma de mercancía, y segundo, produce una síntesis social modelada por esa mercancía -con un fetichismo específico.

El primer punto es que produce mercancías en forma de mercancías. Esto no es nada obvio. Por supuesto, la humanidad siempre ha producido bienes que la naturaleza no proveyó espontáneamente, pero esto no era necesariamente en forma de bienes. Una mercancía es algo que viene en dos formas. Por un lado, es algo útil para fines prácticos (un zapato se usa para caminar, un abrigo para usar, una bicicleta para montar), y por otro lado es algo que representa un cierto valor (cuánto dinero gasto en este zapato, en este abrigo, en esta bicicleta - dinero que vuelve al vendedor y productor).

Incluso si, marginalmente, o en cualquier caso secundario, los bienes han existido durante mucho tiempo en forma de bienes (los comerciantes han existido durante mucho tiempo), la sociedad

¹ Ver en particular, en el *manuscrito de 1857-1858* (conocido como *Grundrisse*), las páginas que analizan las formas anteriores a la producción capitalista (páginas 410 y siguientes en la traducción de las ediciones sociales). En estas páginas, Marx retuerce el cuello anticipándose al esquema estalinista y evoca formas de síntesis social distintas del estado-nación capitalista.

capitalista es la única en la que todos los bienes existen en forma de bienes, o deben existir en forma de bienes. Esta es su especificidad histórica.

Así, todos los recursos deben ser materias primas (todo debe poder vender y comprar), e incluso las personas se reducen a ser meras mercancías - y más precisamente, a ser sólo un poder vital que puede transformarse en poder productivo. Lo único que interesa al capitalismo en el hombre es su poder de producción, y nada más. Lo único que interesa al capitalismo en el hombre es su capacidad de ser un trabajador, y nada más.

Esta universalidad de los bienes en forma se encuentra en todos los niveles de la sociedad de producción de mercancías - en todos los niveles de la sociedad capitalista. Y esto, por supuesto, tiene sus raíces en la producción de estos bienes.

Esta producción se realiza en el lugar de trabajo. Pero el trabajo en sí mismo es un intercambio entre un poder de trabajo (remunerado por un salario) y los medios de producción sin los cuales este poder permanece inutilizado (en la medida en que todos los medios de hacerlo fructificar han sido confiscados por los capitalistas). El capitalismo establece este intercambio forzado entre un poder obrero cortado de los medios para hacer que dé fruto, y los medios de producción que la clase capitalista se ha dado a sí misma exclusividad. Un intercambio forzado en el que los proletarios, es decir, aquellos que sólo tienen este poder de trabajo para vender, y los capitalistas, es decir, aquellos que se han dado a sí mismos el derecho exclusivo de producirlo, es también un intercambio desigual. De hecho, sólo la mano de obra es probable que produzca bienes que, en forma de bienes, se venderán en un mercado y podrán obtener un valor muy superior al valor de los salarios pagados.

En realidad, lo que es más importante en una mercancía es el valor que aporta a un mercado; su utilidad práctica es muy secundaria o incluso indiferente al capitalismo. Esto significa que en una mercancía, el valor (invisible) es mucho más real que su utilidad práctica visible. En otras palabras: lo que hace que el valor de una mercancía sea su lado abstracto (resumen, pero muy real).

Esto hace posible decir que esta sociedad -la sociedad capitalista- se construye sobre la abstracción: riqueza abstracta y no bienestar de las personas, trabajo abstracto y no la actividad como principio vital, etc.

La confusión entre abstracción e irrealidad ha sido la fuente de muchos errores dentro del marxismo organizado. La mercancía es esencialmente abstracta, pero es real, el dinero es esencialmente abstracto, pero es real, y el estado también es esencialmente abstracto, pero es real. Vivimos en una sociedad esencialmente abstracta. Decir que el Estado es fundamentalmente abstracto no quiere decir que sea ilusorio: significa que es coherente con una forma social que favorece, no el bienestar de las personas, sino la dimensión abstracta de la riqueza, la que puede materializarse en forma de dinero y cuya forma canónica es la mercancía.

Lo que puede llamarse fetichismo mercantil es el hecho de tomar la dimensión abstracta de las cosas como "real" y darle una dimensión "concreta". Y primero, el hecho de creer en la realidad de estas abstracciones de las que uno hace "cosas". Este error, que es el error de la reificación, tiene su origen en el olvido de que si las cosas nos aparecen como nos parecen, es por la forma-mercancía, es por la propia sociedad capitalista.

Por supuesto, no vivimos en un mundo fantasmal. Pero todo lo que nos parece a nosotros sólo nos aparece en el contexto de una relación social específica: el capitalismo. Ni las ideas, ni el dinero, ni el Estado pueden ser borrados como ilusiones: las ideas que tenemos, ni el dinero que manipulamos, ni el Estado que combatimos: nada de esto puede ser borrado con un trazo de pluma, porque son los elementos reales de una sociedad que quiere "sólo" hacernos creer que estos elementos no son

específicos de una sociedad dada, sino que son eternos. "Yo lo llamo fetichismo" ²

¿El estado también? Sí, el estado también. El Estado es también una abstracción real que, ciertamente, no duda en utilizar la porra, pero que sólo existe en el marco general de una sociedad que, por ser productora de bienes, favorece la dimensión abstracta sobre la dimensión práctica, la de las personas. El Estado protege la producción de bienes.

Este privilegio de la dimensión abstracta comienza en la obra. El trabajo es la producción de bienes en una implementación que es en sí misma un intercambio de bienes: poder de trabajo a cambio de paga (un intercambio donde el empleado siempre pierde, obligado a venderse a sí mismo para no morir). Considerar el trabajo como una actividad "eterna" de la humanidad es suscribirse al fetichismo de la forma mercantil.

Y la forma nacional es un elemento de este fetichismo. La nación, esta entidad rodeada de fronteras, está vinculada a la necesidad del capitalismo de producir riqueza abstracta, acumularla y multiplicarla.

El discurso capitalista contemporáneo continúa diciendo que debemos "conquistar" nuevos mercados, es decir, que debemos afianzarnos en territorios también nacionales y desplazar los bienes producidos por otros capitalistas e imponer nuestros propios bienes. Este es el espíritu del capitalismo: el capitalismo no conoce otro acuerdo que la complicidad de los ladrones, y cada capitalista quiere vender sus bienes y acumular su valor contra los otros capitalistas nacionales. Lo que hay que aclarar es que en este cálculo sólo se tiene en cuenta la "riqueza abstracta", es decir, el valor que se representa en bienes o dinero (equivalente general para todos los bienes), pero del que la noción de utilidad es perfectamente secundaria.

Destruir el capitalismo significa quitar las cosas de raíz. Ahora bien, "la raíz, para el hombre, es el hombre mismo"³ y no la riqueza abstracta. Por lo tanto, la única radicalidad es tener en cuenta, no la riqueza abstracta, sino el interés práctico de los hombres. La única preocupación no debe ser acumular una riqueza infinitamente abstracta, sino tener en cuenta a las personas reales y sus necesidades.

La consecuencia necesaria no es tomar la síntesis social capitalista como la consecuencia eterna, sino establecer una nueva síntesis social. Esta síntesis social no se basará en la producción de bienes, sino en los bienes que la gente quiere disfrutar, que será la realización, por fin, de lo que el capitalismo sólo ha sido el argumento falaz.

Hay que inventar esta síntesis social. Algunos elementos nos son dados por el estudio de Marx de las formas anteriores al capitalismo, que pueden verse por ejemplo en la comuna germánica, en la comuna rusa. Estos estudios ciertamente fragmentados fueron olvidados por el marxismo oficial, aferrándose a la vulgar vulgar estalinista de la sucesión casi automática del socialismo y el comunismo después del capitalismo.

Esta síntesis social que se va a inventar se basa en el "cara a cara" de las personas y en los recursos naturales o producidos que pueden disfrutar. No hay necesidad de un Estado ni fronteras para ello, y la revolución española ha intentado inventar tal síntesis. Existen estudios⁴, que ponen de relieve las dificultades que han tenido que afrontar los revolucionarios españoles, lo que también pone de relieve el sabotaje de los estalinistas.

2 Karl Marx, *El Capital* [1867].

3 Karl Marx, *Crítica de la ley política hegeliana* [1843].

4 Algunos ejemplos incluyen estudios producidos por los "gimenólogos".

Los revolucionarios de hoy tienen que retomar estos esfuerzos. Teniendo en cuenta que no existen soluciones prefabricadas y que se trata de inventar. La gente no hace fronteras: todo el mundo tiene un lugar en el planeta. Y aquellos que nos recuerdan un poco demasiado que las fronteras deben ser mantenidas probablemente no se den cuenta de que hablan el idioma del capitalismo. En este sentido, la fórmula "por todos los Estados, por todas las fronteras" es actual.

En un momento en el que los catalanes quieren afirmar su identidad, es importante recordar que una identidad nacional, e incluso una "regional", no se puede pensar de la misma manera que una "nacional". No se trata de favorecer una "identidad regional" (?) en contra de una "identidad nacional", sino de recordarnos que los hombres no tienen patria y que oponerse unos a otros sigue siendo fetichismo del Estado, que es sólo uno de los aspectos del fetichismo de mi mercancía. "Sin patria, sin fronteras" es la única consigna posible.